



Iglesia ¿por qué amarla?

Autor:

Fuente: www.mensajespanyvida.org

La vivencia

Cuando una persona ha tenido una experiencia verdadera de Dios siente la necesidad de vivir su realidad de un modo nuevo. Esta experiencia de fe puede haberle ocurrido en algún retiro, en alguna situación de dolor, en alguna visita a una capilla, en alguna conversación profunda con un hermano. El hombre de fe vive de este acontecimiento fundante de Dios y hacia él vuelve cada vez para refrescarse como en agua viva.

Así como experimentamos el amor de Dios, también nos podemos "sentir Iglesia". Es posible reconocernos, pertenecer a un lugar al que siempre se pueda volver.

Todos los que hayamos participado alguna vez de un encuentro mundial (de catequistas, de familias, de jóvenes) podremos llegar a comprender lo que es el vibrar de una multitud de gente convocada en estadios, en campus universitarios, en hipódromos... miles de personas alrededor de un obispo en nombre del Papa o del Papa mismo. Una multitud de almas y un diminuto anciano atrayendo la atención de cada uno de ellas. Una comunidad sintiendo la presencia misma de Cristo... un Cristo pasando entre medio de ellos, en los pies de un hombre vestido de blanco. Un Cristo vivo en la Eucaristía, en la sonrisa de los voluntarios, en los gestos concretos de los otros chicos y adultos que comparten esa misma jornada.

Quien haya experimentado la sensación de universalidad de estos encuentros quizás podrá comprender más fácilmente lo que es ser Iglesia.

Ser Iglesia encierra aspectos múltiples. En principio es vida comunitaria, esa vida que conocen los que han necesitado del apoyo del hermano para seguir adelante o los que han compartido un proyecto en común. Es decir, ser Iglesia es compartir su aspecto comunitario, comunicador, familiar. Pero también hay un sentido más profundo que nace en el corazón mismo de la Historia de la Salvación, el que nace en el mismo Amor de Jesús y Su entrega en la Cruz.

¿Pero, qué es la Iglesia?

La palabra Iglesia quiere decir "convocatoria", "asamblea". Ya desde el Antiguo Testamento se le llamaba así al pueblo de Dios que recibe las tablas de la Ley en el monte Sinaí.

Pero la Iglesia es más que construcción o invención humana para hacer prevalecer una religión. Ella nació de la decisión del Dios hecho hombre y en Pentecostés se constituyó de forma definitiva.

La Iglesia nació del costado de Jesús. Su Vida cayó y murió como semilla para que Ella creciera y se fortaleciera.

Jesús no había elegido entre sus discípulos a los que Él consideraba más inteligentes o más formados, eligió a hombres débiles con mucho potencial. Así un día Jesús se acercó a Pedro y le dijo unas palabras firmes: "Y yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt. 16, 18). Sabemos que Pedro no entendió del todo lo que le dijo su Maestro en ese momento, pero el día del cenáculo, el día del descenso del Espíritu, sus ojos se abrieron y sus mentes comprendieron.

Después de decirle que sería cabeza de su iglesia, le dio una misión más:

"A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos"
(Mt. 16,19)

Por lo tanto, la Iglesia es un designio nacido del corazón de Dios Padre. Como afirma Lumen Gentium 6: "ha sido prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos".

En el evangelio consta la decisión directa de Jesús de fundar una Iglesia para ser vínculo entre los hombres y su reino. Él quiso que hombres tan débiles y pecadores como nosotros llevasen en sus manos la responsabilidad de administrar los sacramentos de su gracia, que fueran los mediadores de la vida de Dios en nosotros.

¿Por qué jerárquica?

“ La Iglesia de Cristo- dice Ratzinger- no es un partido, no es una asociación, no es un club; su estructura profunda y substantiva no es democrática sino sacramental y , por lo tanto, jerárquica... la autoridad aquí, no se basa en los votos de la mayoría; se basa en la autoridad del mismo Cristo”.

Hoy nos parece que lo mejor para una institución es que su sistema interno sea democrático, que se vote a un representante elegido por la mayoría para gobernarla. Al ver que es el mejor método, queremos aplicarlo en todo.

Pero la estructura de la Iglesia no es compatible con la de ninguna asociación civil. Es, por necesidad, una institución jerárquica. Esto es así porque fue el mismo Jesús que, al elegir a los apóstoles y constituirles en colegio bajo el primado de Pedro, les confió una misión que había de durar hasta el fin del mundo, razón por la cual los apóstoles también se prolongan en sus sucesores, los obispos (Padre José L. Torres. En La Iglesia piedra de escándalo).

¿Por qué amarla?

Pero es difícil amar a la Iglesia Católica cuando vemos que hay muchas riquezas, que se comenten robos, que hay gente corrupta, que hay escándalos sociales en el propio seno de la Esposa de Jesús... ¿cómo podemos querer esto?

En el mismo instante en el que Jesús dio la vida por todos los hombres asumió todos sus pecados y con ellos también todos los pecados de la Iglesia. Al ser ésta una entidad de doble naturaleza, humana y divina, es también santa y pecadora.

Como nos pasaría con un amigo íntimo, esposo o hermano, no nos tenemos que sorprender por su pecado ni por el nuestro pero sí comprenderlo: amar de verdad es amar hasta el dolor, y a la Iglesia, que es Esposa de Jesús, por la que Él dio la Vida, tenemos que amarla en sus defectos y en toda su santidad.

Es notable cómo hasta una persona que no practica la fe le exige a la Iglesia una conducta intachable. Esto nos habla no sólo de su papel tradicional en la sociedad sino también de una necesidad de ser Hijos y de mirar a nuestra Madre como ejemplo.

Remitirnos a sus fuentes nos ayudará a comprender toda acusación que se le haga. Si tenemos alguna duda sobre un pecado atribuido a sus miembros tenemos que buscar respuesta en alguien que conozca su historia, su doctrina y que la quiera.

La explicación de por qué amarla se halla en Cristo: “Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella” (Mt, 16,18)

La seguridad que Jesús declara a cerca de la Iglesia es sorprendente y al mismo tiempo, definitiva. Estas palabras aseguran el temor y las acusaciones de quienes dicen que la Iglesia

no se mantiene inalterable a lo largo del tiempo.

Lo esencial de nuestra relación con nuestra Madre y Maestra es que está asistida por el Espíritu Santo y estas palabras de Cristo nos animan a confiar más en Ella.

La Esposa

Es la Iglesia Esposa de Jesús, es decir, está unida místicamente a Él: ¿cómo es esto? Por su característica mística – misteriosa y profunda- , amar a Jesús y Amar a la Iglesia es necesariamente lo mismo: no se puede querer bien a uno sin el otro. Por eso, querer separar la Iglesia de Cristo es querer separar al Cuerpo de su cabeza y así impedir la acción del Cristo Total. Por eso puede parecer contradictorio escuchar afirmaciones como “no creo en la Iglesia pero creo en Dios”, cuando es la Iglesia la que me reveló a Dios y el mismo Dios quien me dio a la Iglesia.

Una catequista mía solía decir: “Hay que ser Iglesia para hablar de la Iglesia”. Esto me recuerda también las palabras del Beato Alberto Hurtado, un padre chileno que hizo mucho por los pobres de su país, y que decía que la Iglesia “será lo que queramos que sea”.

Porque Ella “Quiere servirse
De mis pies para caminar
De mis manos para trabajar
De mis labios para bendecir
De mi ejemplo para entrar en las almas”. (Padre Hurtado. Mensaje a los Jóvenes. Pasquín del encuentro Continental de Jóvenes.. Chile. 1998.)

Es decir, depende de mí también que se manifiesten sus cuatro propiedades inseparables: su unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad.

Dilexit Ecclesiam

El Padre José Kentenich, sacerdote fundador del Movimiento de Schönstatt, eligió esta frase para su epitafio y es la que lo identificó siempre: “Dilexit Ecclesiam - Amó a la Iglesia”. Lo que encierran estas palabras no es solamente la confirmación de su obra fecunda sino que también manifiestan la fuerza de un deseo: la voluntad de servir a la Iglesia como lugar donde él como muchos otros, encontraron a Jesús plenamente vivo y total.

¿Cómo acercarse a la Iglesia? Quizás ya estemos dentro, quizás nos hayamos alejado hace tiempo. Lo importante es querer volver, querer “quererla” como el Padre Kentenich, y a través de Ella a Jesús.

Lo profundo de este encuentro con la esposa del Señor no se puede conseguir sin la Madre: María es la clave – la llave- para entrar en la Iglesia y quererla. María nos puede ayudar a sanar la herida causada por algún sacerdote que nos desilusionó, por aquel malentendido con una monja, por esa noticia del diario donde denunciaban la corrupción de un obispo.

Tener una experiencia de Iglesia nos va a ayudar, como Familia, a llevar adelante la propia vocación.